



Tati

Paula María García Villegas Sánchez Cordero

Para niñas y niños de 4 a 8 años de edad





Tati

Paula María García Villegas Sánchez Cordero

Para niñas y niños de 4 a 8 años de edad

Primera Visitaduría General

Publicado en la página *web*
de la CNDH: enero, 2019

ISBN Volumen: 978-607-729-488-7

ISBN Obra completa: 978-607-729-485-6

**D. R. © Comisión Nacional de
los Derechos Humanos**

Periférico Sur 3469,
esquina Luis Cabrera,
Col. San Jerónimo Lídice,
C. P. 10200, Ciudad de México.

Diseño y formación:
Irene Vázquez del Mercado

Impreso en México

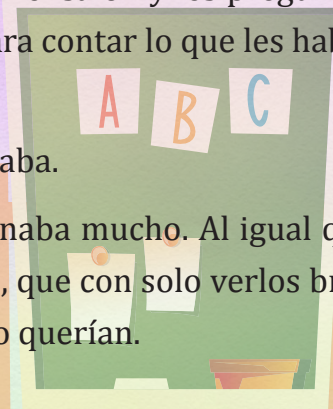
El ciclo escolar acababa de comenzar. Al salón llegó una niña nueva, se llamaba Tatiana.

Tatiana era muy bonita, tenía los ojos y el cabello negro, la piel morena y estaba un poco llenita. Era muy tímida y callada. Le costaba mucho trabajo socializar. No sabía por qué, pero a pesar de ser muy dulce, en casa a veces se enojaba mucho.

El primer día de clases, la maestra saludó a todos los niños en el salón y les preguntó cómo les había ido en las vacaciones. Cada uno debía tomar su turno para contar lo que les habían pedido y si eran nuevos, debían hablar un poco de ellos o ellas.

Cuando llegó el turno de Tatiana, vió como toda la clase la miraba.

Había un niño que tenía algo en la bolsa del pantalón que sonaba mucho. Al igual que Tatiana, también era muy guapo, un poco de pecas en la nariz, los ojos, que con solo verlos brillaban y el cabello oscuro. Se llamaba Julián y todos en el salón de clase lo querían.



Julián le esbozó a Tatiana una gran sonrisa, pero Tatiana no creía que fuera para ella y simplemente se paró de la silla, pensó que no podría hablar bien en público y que todos se iban a burlar de ella. Estaba tan asustada que su corazón latía muy rápido. Sentía cómo sus sentidos estaban alerta porque todos los sonidos los registraba y la pupila la tenía dilatada. Empezó a sudar y eso hizo que se sintiera muy mal.

–Soy Tatiana, dijo en voz baja.

–Vengo de mhh, este, mhh, este, de Monterrey, Nuevo León. A mi papá lo mandaron del trabajo a la Ciudad de México, y no quiso dejarnos. Estamos toda la familia junta. No me fui de vacaciones, pero estuvimos conociendo la Ciudad de México.

Eso fue todo lo que dijo. Se dio cuenta, que nadie se rió de ella, todos sus compañeros la escucharon con atención.

–Muy bien, le dijo la maestra, qué bueno que estás aquí con nosotros, bienvenida. Nos da mucho gusto tenerte en esta, que es tu escuela.



Tatiana se sintió aliviada con esas palabras, pero aún así, seguía preocupada, simplemente sentía que nadie la iba a aceptar porque su piel era morena y un poco llenita.

Llegó la hora del recreo e igual como le había pasado antes, sus compañeros(as) la invitaron a jugar.

En esa escuela no permitían el uso de aparatos electrónicos en el recreo y en general, tampoco en las clases. Solamente se usaban en ciertas materias y para hacer la tarea.

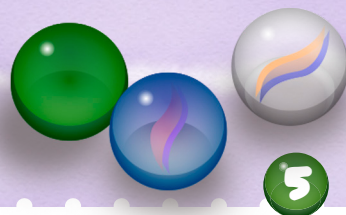
Para divertirse en el recreo, cada niño-niña proponía, cada semana un juego nuevo.

A finales del ciclo escolar anterior, dejaron pendiente la tarea de nuevos juegos en el recreo.

Cuando los niños y niñas se juntaron en el patio del colegio, preguntaron entre ellos y ellas, quién había averiguado algo para esa semana.

Julián dijo que quería jugar a las canicas y sacó de la bolsa del pantalón unas canicas de vidrio. Las repartió rápido. A la primera que le dio las canicas fue a Tatiana.

–¿Quieres jugar?– le preguntó.



Tatiana se empezó a sentir con más confianza. Se dio cuenta que, tal vez, el rechazo que sentía en su otra escuela, estaba en su propia cabeza y actitud. Veía cómo sin importar que casi no habló cuando la maestra les preguntó cómo les había ido en vacaciones, sus compañeros la respetaron y nadie se rió. Advirtió la forma tan amigable de invitarla al recreo. Y ahora, por ser la nueva compañera, le estaban dando primero las canicas.

No podía desaprovechar esa oportunidad y quiso ver qué pasaba si cambiaba su actitud con los demás. Ya no se iba a auto descalificar, pero tampoco iba a pensar que los demás la descalificaban.

–No sé si sé hacer las cosas pero voy a hacer lo que mi papá siempre me ha dicho– pensó. Su papá le decía “Lo que hagas, hazlo dando tu mejor esfuerzo.” Igualmente le repetía que cuando tuviera una duda, la preguntara. “No hay preguntas tontas”, le decía siempre su papá. “Nunca te quedes con una duda”.

–¿Por qué no hacerlo también para jugar y socializar? –Se preguntó Tatiana.

De pronto dijo –Sí, sí quiero jugar Julián.

–Bueno aquí tienes tus canicas.

Eran cinco los amigos que habían quedado, los demás se habían ido, unos a correr, otros a jugar con el resorte y otros más, a jugar con el ula- ula y al bote pateado. Todos estaban contentos.

–Mira, –le sonrió nuevamente Julián a Tatiana y volteó a ver a todos sus compañeros.

–Les voy a enseñar tres formas de jugar canicas. La que les guste más, es la que vamos a jugar.

–La primera es hacer un círculo en la tierra y ponemos todas nuestras canicas, en el centro del círculo, tomamos una. Luego, hincados, agarramos la canica que habíamos tomado y la ponemos en el dedo gordo fuera del puño. Finalmente, debemos aventar la canica, buscando sacar canicas del círculo. Quien logre sacar las canicas, se las va quedando y quien se quede con más, es el que ganó el juego.

–La segunda, es haciendo un hoyo a un metro de una pared, lanzamos las canicas por orden buscando que entren en el hoyo después de rebotar por la pared, si esto sucede, entonces acertamos, si el próximo jugador no acierta, pierde su canica y la toma otro, si acierta porque cae en el hoyo, están empatados aquellos jugadores cuya canica cayó en el agujero.

–La tercera es haciendo un hoyo en la tierra, debemos tratar de meter la canica en el hoyo, quien no lo logre, va perdiendo sus canicas.

–¿Cuál de las tres opciones quieren jugar? –preguntó Julián –¿Qué les parece si votamos y la opción que gane es la que jugamos?

Tatiana se impresionó un poco. Pensó que al igual que en su anterior escuela, habría alguien que manda y los demás deben obedecer para ser aceptados. Aquí era todo diferente, la respetaban, se hacía lo que la mayoría decidía y en clase, todos escuchaban atentamente a los compañeros.

–No hay discriminación y me están aceptando e integrando desde el primer día. Esto lo debo agradecer también, –se dijo a sí misma Tatiana–.

Todos levantaron la mano por la primera opción, en realidad, lo único que querían era ya no perder más tiempo y empezar a jugar. Si algo salía mal en las instrucciones, entre todos harían pruebas hasta que el juego fuera divertido y lo pudieran jugar y recordar los cinco.

Jugaron y jugaron hasta que sonó el timbre.

Era hora de regresar a clase.

Tatiana había respirado aire limpio, estaba más relajada y se sentía muy contenta. Nunca pensó que el primer día de clases sería el mejor de su vida. Lo guardaría en su recuerdo por siempre. No quería que terminara la escuela.

Cuando se despidieron, a la salida, Julián le dijo, quiero que confíes en ti, que sepas que todos somos diferentes, pero eso no significa que seamos más o menos que el otro, simplemente diferentes y tenemos que respetar y tolerar lo que no nos gusta del otro.

–En esta escuela no permiten que critiques a los demás, simplemente los debes respetar. Eso es muy fácil, cuando te fijas en las cosas buenas que tienen los demás. Tu eres igual que yo muy estudiosa y eres muy noble, y eso es lo que importa, –le dijo Julián a Tatiana–.

Por primera vez Tatiana se daba cuenta que su peso y su color de piel, no les importaba a sus compañeros. Ella se empezó a aceptar y eso hizo que aprendería más y con más gusto porque cuando una persona se acepta, es más feliz y puede dedicar su atención a otras cosas.

Así pasaron dos años y las cosas solamente se ponían mejor. Julián y Tatiana además de volverse los mejores amigos, fueron excelentes compañeros con los demás.

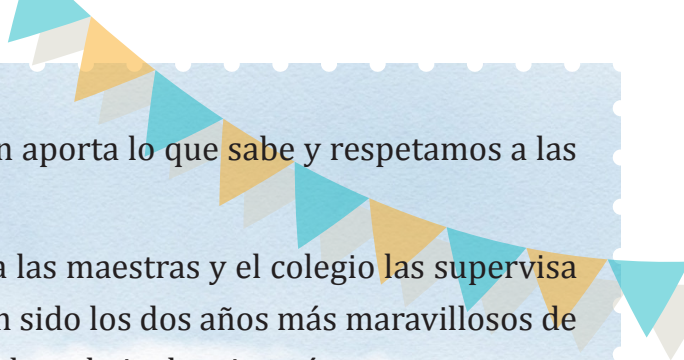
-Tatiana le comentó a Julián que en su otra escuela nadie atendía a las maestras y a los maestros, los niños les decían cosas muy feas y los papás y mamás iban a regañarlos porque decían que iban a perder autoestima.

-Aquí no, te das cuenta cómo aquí cada quien tiene sus propias responsabilidades y derechos. Las maestras tienen derecho a enseñar y nosotros a aprender, pero siempre las debemos respetar tanto a ellas, como las reglas que ponen. Solamente así, podremos convivir entre nosotros.

-Claro, -respondió Tatiana-. ¿Sabes?, ahora estoy más tranquila que antes porque conozco las reglas, gracias a tu ayuda y consejos, me está yendo muy bien. Además me he divertido en los recreos aprendiendo juegos nuevos, corriendo y riéndome con todos mis nuevos amigos. ¡Soy muy feliz!

-Te voy a decir una cosa, pero no se la puedes decir a nadie. Antes me enojaba mucho en casa y desde que estoy en esta escuela, llego contenta y ya no hago berrinches ni me enojo.

-Tal vez es porque aquí te enseñan a ser tolerante, a esperar tu turno, a pensar en los demás y a darte cuenta que cada quien es diferente y tiene distintas capacidades, pero si sumamos



la de todos, hacemos cosas muy bonitas. Cada quien aporta lo que sabe y respetamos a las maestras.

–Es cierto, en esta escuela, los papás deben apoyar a las maestras y el colegio las supervisa a ellas. No me quisiera ir, le dijo Tatiana a Julián, han sido los dos años más maravillosos de mi vida, y ahora estoy lista para el próximo cambio de trabajo de mi papá.

–Nunca te olvidaré Julián.

–Yo tampoco Tatiana.

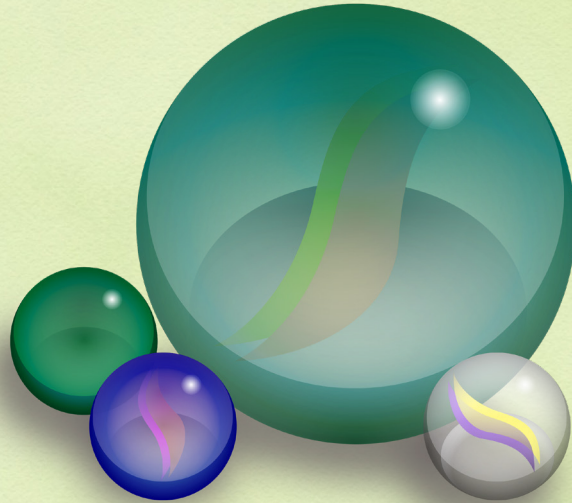
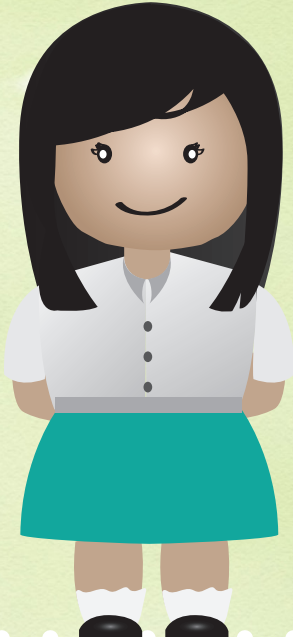
–Por cierto, –dijo Tatiana– y se metió la mano a su suéter. Aquí tengo un regalo para ti.

–Ahh son unas canicas, le dijo Julián. Están padrísimas, gracias. ¿Te acuerdas que fue tu primer juego en esta escuela?

–Claro, ¿cómo olvidarlo? ¿Jugamos por última vez?

Y así fue como los niños jugaron por última vez a las canicas juntos, se dieron un abrazo de despedida y Tatiana emprendió una nueva aventura mucho más preparada para lo que le tocaba enfrentar, esta vez, ya no estaba nerviosa, tenía muchas amigas y amigos y sabía que sí podía

hacer las cosas que le iban a pedir las maestras y si no las sabía hacer, preguntaría para poder entenderlas y aportar nuevas ideas. Pero lo más importante es que en su mente estaba Julián, el niño alegre y generoso, al que sabía que le debía mucho.





Presidente
Luis Raúl González Pérez

Consejo Consultivo

María Ampudia González
Alberto Manuel Athié Gallo
Michael William Chamberlin Ruiz
Angélica Cuéllar Vázquez
Mónica González Contró
David Kershenobich Stalnikowitz
María Olga Noriega Sáenz
José de Jesús Orozco Henríquez

Primer Visitador General

Ismael Eslava Pérez

Segundo Visitador General

Enrique Guadarrama López

Tercera Visitadora General

Ruth Villanueva Castilleja

Cuarta Visitadora General

María Eréndira Cruzvillegas Fuentes

Quinto Visitador General

Edgar Corzo Sosa

Sexto Visitador General

Jorge Ulises Carmona Tinoco

Titular de la Oficina Especial para el “Caso Iguala”

José T. Larrieta Carrasco

Directora Ejecutiva del Mecanismo Nacional
de Prevención de la Tortura

Ninfa Delia Domínguez Leal

Secretaría Ejecutiva

Consuelo Olvera Treviño

Secretario Técnico del Consejo Consultivo

Joaquín Narro Lobo

Oficial Mayor

Raymunda G. Maldonado Vera

Directora General del Centro Nacional
de Derechos Humanos

Julieta Morales Sánchez



ISBN: 978-607-729-488-7



9 786077 294887

ISBN: 978-607-729-485-6



9 786077 294856